



ARTÍCULOS

## La Post-Guerra y las ilusiones Monetarias

Bruno Moll

Revista de Economía y Estadística, Primera Época, Vol. 6, No. 3 (1944): 3º Trimestre, pp. 159-176.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3199>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: [rev\\_eco\\_estad@eco.unc.edu.ar](mailto:rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar)

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

### Cómo citar este documento:

Moll, B. (1944). La Post-Guerra y las ilusiones Monetarias. *Revista de Economía y Estadística*, Primera Época, Vol. 6, No. 3 (1944): 3º Trimestre, pp. 159-176.

Disponible en: [<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3199>](http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/3199)

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>



REVISTAS  
de la Universidad  
Nacional de Córdoba



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



FCE  
Facultad de Ciencias  
Económicas



1613 - 2013  
400  
AÑOS

## LA POST-GUERRA Y LAS ILUSIONES MONETARIAS

1. — *Nota Preliminar.* — La redacción de esta Revista me ha pedido manifestar mi opinión sobre la moneda en la post-guerra. Aunque toda invitación de colaborar proveniente de este lado es honrosa teniéndose en cuenta el alto prestigio de la "Revista de Economía y Estadística", me he resistido un tanto a cumplir con tal deseo. De un lado, no sé si vale la pena decir mi opinión después de haber leído una literatura tan abundante al respecto que casi nada queda que ya no se haya dicho oportunamente en tantos artículos que se ocuparon críticamente de los nuevos proyectos monetarios (1). Y de otro lado, en los últimos 40 años la situación de la literatura monetaria se ha tornado un tanto paradójica. Antes no escribían tantos aficionados, carentes de preparación. Hoy es casi la regla que personas que por su profesión entienden algo de la materia —sin conocer en general la *literatura* científica— como los muchos banqueros, no publiquen una línea, mientras los escritores monetarios frecuentemente carecen de la debida preparación. Son contadas las personas que hayan dedicado muchos años de su vida exclusivamente a la labor interesante y a la vez algo abnegada, de estudiar la historia monetaria y los grandes sistemas de economía política, observando continuamente tanto la realidad de la economía monetaria en el mundo como la enorme literatura especial. Y hay personas a quienes no agrada publicar nada,

(1) Véase, por ejemplo, el luminoso artículo de RAUL PREBISCH, *El Patrón Oro y la Vulnerabilidad Económica de nuestros países*, en "Revista de Ciencias Económicas", Facultad de Ciencias Económicas. Buenos Aires, marzo de 1944.

porque los que escriben generalmente sobre la moneda, parecen “interesados” en cualquier sentido. Pregunté una vez en 1932 a un prominente banquero, colaborador del Dr. Schacht (2), porqué ellos no se oponían públicamente a ciertas mentiras que cada vez más se propagaban en la forma de proyectos monetarios, y él me contestó: “no vale la pena, pues los inteligentes saben que se trata de cosas absurdas, y por fin la verdad triunfará de todos modos”.

Hablando con toda franqueza no podría decir si este banquero tenía razón o no. Sin embargo yo también me he acostumbrado a no contestar ataques y polémicas. En la época en que fui profesor titular de Economía y Finanzas en la Universidad de Leipzig y Presidente de la Sociedad Alemana para la protección del sistema monetario, me atacaron diariamente personas incompetentes y para responder a todas estas provocaciones mi tiempo no habría alcanzado.

En lo siguiente hablaré de las Ilusiones Monetarias que se encuentran tanto en una parte del público como de los “expertos”.

2. — *Primera ilusión: ¿Un sistema monetario nuevo y revolucionario?* — Algunos observadores creen que después de

---

(2) SCHACHT fué partidario apasionado de la estabilidad monetaria y adversario de la “amplificación del crédito”, de los proyectos monetarios y de las devaluaciones abiertas. Su tragedia —y la de Alemania— fué que él no tuviera bastante carácter para negarse al pedido de Hitler de tomar a su cargo la presidencia del Banco Central en la época nacional-socialista. Con GOTTFRIED FEDER, el teórico y reformador monetario nacional-socialista como Presidente del Banco, la economía de Alemania habría fracasado dentro de dos años y se habría evitado así la segunda guerra mundial. Sin embargo, los críticos de SCHACHT se equivocan cuando dicen que la falta de carácter fué su calidad única y más principal. Este hombre ha luchado durante muchos años antes y después de 1933 con una energía formidable contra todos los sectores de los reformadores de la moneda e inflacionistas, lo que no impide que haya introducido, no siendo ya dueño de la situación, una serie de trucos y artificios mal reputados en todo el mundo.

la guerra va a surgir un nuevo período de la economía y un nuevo "orden monetario", diametralmente distinto a todos los regímenes conocidos. La idea básica de este pensamiento es la siguiente: "La segunda guerra es distinta de todas las anteriores, también de la guerra de 1914 a 1918. No es una guerra nacionalista ni económica, sino una guerra de *ideas*: el nuevo socialismo está en contra del viejo capitalismo, el nuevo orden contra el antiguo desorden. Por eso después de esta guerra va a surgir un nuevo orden, y esto aún en el caso, que ahora parece casi seguro y el único deseado por nosotros, de que triunfarán las democracias. Y tal nuevo orden exigirá un nuevo régimen monetario, libre de las gangas de los antiguos sistemas, opuesto al metalismo y al semimetalismo como también a las medidas de la guerra monetaria —o sea algo completamente nuevo e inaudito, desconocido todavía— o más bien conocido sólo por algunos espíritus agraciados". ¿Es ésto imaginable?

Creo que no se efectuará ni lo uno ni lo otro, ni el "nuevo orden" económico en el sentido radical, ni un sistema monetario completamente revolucionario.

Es cierto que las tendencias socialistas, las cuales se manifiestan fuertes después de cada guerra de larga duración, tendrán cierta fuerza precisamente después de esta guerra, teniendo en cuenta la influencia de Rusia y de los sectores socialistas que ya hoy en día se notan en Inglaterra y otros países, antes aristocráticos y burgueses. Influirán en este sentido, especialmente, por un lado, el alto grado de nacionalización de la propiedad, efectuada ya hasta la fecha por la tributación confiscatoria, y el estado de ánimo de los soldados radicalizados en el frente, por otro.

Es cierto que en un socialismo o comunismo completamente consecuente, nuestra moneda perdería la mayoría de sus funciones actuales. Pero no veo cómo tal sistema se mantendría por largo tiempo. Y en todo caso no se podría in-

troducir un régimen monetario que no tenga su raíz en los hechos económicos existentes o pasados, pues un régimen para que sea perdurable debe estar basado en la realidad y no puede flotar en el aire.

Cualquiera puede ser el sistema monetario preferido de la post-guerra: o será afin al patrón de oro o al fondo de oro; o un papel moneda dirigido desvinculado del oro; o una combinación de estos dos sistemas. Apenas existe otra posibilidad. El experto en la materia ve sin mayor dificultad que casi todos los *proyectos* monetarios existentes, en cuanto parecen *serios*, pueden reducirse a una de estas tres formas. Solamente que existe una serie de variedades.

¿Y los famosos planes de estabilización monetaria, de post-guerra?

Primero: no sabemos si ellos se realizarán, a pesar de todas las resoluciones ya tomadas al respecto. Y segundo: ya no son revolucionarios aunque alguna vez lo hayan sido. Lo que se ha resuelto en Bretton Wodds, (3) son, en lo esencial, cosas *negativas*. Se ha resuelto: 1) la eliminación parcial, paulatina y un tanto tímida de las *devaluaciones*; 2) y asimismo, de los *controles de cambio*. Esto me parece lo principal. Además, es de cierta importancia la resolución de concentrar un fondo de oro de algunos billones de dólares en los 5 países más poderosos, con el fin de estabilizar las monedas de todos los países participantes, que contribuirán a la acumulación de este fondo. Esta medida, efectuada en plena extensión, puede tener ventajas como desventajas para los países débiles que así mandarán partes de sus núcleos áureos al extranjero —procedimiento que siempre incluye algunos peligros incalculables.

Pero todas estas ideas no son revolucionarias. Si el fondo internacional se realizara, lo nuevo sería la *realización* pe-

---

(3) Véase el "Federal Reserve Bulletin", setiembre de 1944, Washington, y "El Economista", Méjico, N.º. 135, t. X, 1944.

ro no la *idea*, como he demostrado en un artículo publicado en "La Prensa" de Lima (4), y el mantenimiento del oro como base de la estabilización internacional, por el contrario, sería algo muy antiguo y nada revolucionario.

Lo que parecería más nuevo pero que no se ha *aceptado* fué: 1) la idea de Keynes de fundar, en vez de un verdadero núcleo consistente en oro y moneda, sólo una Cámara de Liquidación que carecería de un fondo sustancial, comenzando a funcionar a base de cálculos abstractos sobre las dimensiones relativas del comercio internacional de todos los países participantes; 2) La introducción de una nueva unidad monetaria, "bancor" o "unitas" que no coincidiera con ninguna unidad existente, ni con el dólar ni con la libra esterlina ni con otra moneda, y que serviría únicamente como medida de cálculo en que se llevarían los libros del Banco Mundial, sin que se acuñaran ni se emitieran monedas ni billetes en esta unidad, con el fin de eliminar la rivalidad subsistente entre el dólar y la libra y de sugerir al público que se trata de una moneda revolucionariamente nueva, no conectada con ningún sistema del pasado.

Pero precisamente estas dos ideas, un poco revolucionarias, se habían eliminado ya en el proyecto que sirvió como base a la Conferencia de Bretton Woods.

Un poco exagerado pero no completamente equivocado, es decir, como se ha dicho, que la Conferencia (como ya el Plan de White) tiende hacia una restauración de los patrones de oro o al menos de los sistemas del núcleo áureo.

3. — *Segunda ilusión: El Bimetalismo.* — Aunque la discusión sobre el bimetalismo parece ya concluida, desde hace años, y esto en un sentido negativo, vemos que en cada nuevo debate sobre cuestiones monetarias, los propagandistas de

(4) 1º. de octubre de 1943.

este sistema levantan su voz para convencernos de la conveniencia de una rehabilitación de la plata. En Estados Unidos, México y el Perú (5) se publicó en los dos últimos años una serie de artículos y folletos al respecto y, lo que debe sorprender, estas publicaciones encontraron la atención y el interés de gran número de lectores cultos. Así, no parece superfluo discutir de nuevo también este proyecto tan antiguo.

Es la idea fundamental del bimetalismo que un sistema que admitiera los dos metales preciosos, como sustancia monetaria, ofrecería más estabilidad y una base más amplia de circulante y créditos que un sistema monometalista basado sobre el oro. Sin embargo, esta opinión es superficial.

1) Aún los mismos bimetelistas no niegan hoy que el bimetalismo histórico ha fracasado sin excepción, manifestándose la llamada ley de Gresham: siempre se eliminó de la circulación en un corto espacio de tiempo, uno de los metales preciosos, cobrando un valor más alto de lo que correspondió al supuesto legal, que había servido de base al sistema monetario.

2) Es cierto que no se puede comprobar de manera *concluyente* que es imposible mantener un bimetalismo internacional, que incluyera a todos los países importantes del mundo; pero esto parece poco probable.

3) El problema del bimetalismo (como el de todos los *proyectos* monetarios, inclusive el del nuevo fondo monetario internacional resuelto en Bretton Woods) no es el de cómo introducirlo, sino el de cómo mantenerlo.

4) Es cierto que con la aceptación de un bimetalismo internacional aumentaría la demanda de monedas de plata. Pe-

---

(5) Por ejemplo: FRANCIS H. BROWNELL, *American Smelting and Refining Company*, "Hard Money", New York, abril de 1944; y *Bimetalismo Internacional*, traducido por M. Sobral, 1944; y H. MICHELL, Ontario, Canadá, *La Función de la Plata en la Reconstrucción Monetaria*, 1944.

ro parece casi seguro que tal aumento no bastaría para absorber el volumen de la enorme producción y oferta de este metal.

Siempre sería el mayor obstáculo el exceso del volumen mundial de las existencias y la producción de la plata sobre la demanda, y esto a pesar de ciertas reacciones que especialmente en tiempos de guerra suelen producirse.

5) Se estima que el 80 % (en Estados Unidos casi el 90 %) de la producción de la plata se obtiene como producto accesorio de la producción de cobre, plomo, zinc y otros metales. ¿Cómo sería entonces posible *restringir* la producción de nuestro metal?

6) El problema de encontrar con exactitud la justa magnitud de la *demand*a monetaria, es insoluble ya para la teoría. Falta todo criterio para calcular esta magnitud— y esto es uno de los errores más profundos de todos los antimetalistas y bimetalistas.

7) En el fondo el problema del bimetalismo es afín al problema del *papel moneda*, pues la plata es casi acrecentable en cantidad ilimitada.

8) Serían consecuencia del bimetalismo la inundación de las circulaciones con monedas de plata, el enorme aumento del volumen monetario, la depreciación creciente de la moneda y la disminución del poder adquisitivo de las poblaciones de todo el mundo.

9) Se equivocan los bimetalistas cuando dicen que con la introducción *internacional* del sistema se eliminaría la intervención de la Ley de Gresham porque no quedaría ningún país al cual pudiera inmigrar el oro a precio distinto. Si bien el oro no podría emigrar a otro país, siempre podría sustraerse de la *circulación* con fines de *atesoramiento*, representando una sustancia más segura que la plata cuyo valor siempre decrecería.

10) Es imposible encontrar una *relación* de oro y plata que asegure la estabilidad del sistema.

Si se estableciera una relación favorable a la plata como 1:15 o 1:20, la moneda de plata desalojaría a la de oro. Si se establece una relación desfavorable como 1:70 o 1:100, entonces los países poseedores de grandes cantidades de plata como Estados Unidos, India y China se perjudicarían aparentemente, perdiéndose la esperanza de que el valor de la plata pueda aumentar al menos pasajeramente un día. ¿Estarían, sobre todo estos países, dispuestos a admitir tal convención?

11) En el fondo los bimetelistas son ultrametalistas, creyendo que la plata tiene un valor intrínseco, fenómeno que no existe en la economía. Hay la paradoja de que aunque un sistema monetario basado en última instancia sobre el oro parece mejor que un sistema de mero papel moneda, siempre un sistema de papel moneda no respaldado por ningún metal precioso pero bien dirigido, parece preferible a un sistema metálico basado en la plata.

12) Estos reparos no se eliminarían en su mayor parte si se introdujera, siguiendo algunas nuevas sugerencias, un sistema de núcleo bimetálico que carecería de la acuñación y circulación de monedas, teniendo cierto paralelo con el "gold exchange standard". La única ventaja sería en este caso la eliminación del atesoramiento de monedas acuñadas por parte del público. Con la depreciación del metal plata a consecuencia del enorme volumen de su producción y oferta, se depreciarían los billetes emitidos con relación a tan abundante respaldo.

13) El argumento de que el oro es *escaso* tiene poca importancia. El oro ya no se necesita para introducir circulaciones y la moneda acuñada ha pasado de moda. Lo que sucede es que el oro está mal distribuido y para cambiar y me-

jorar esta situación hay otros caminos —fuera de la introducción del bimetalismo.

14) En las últimas publicaciones se acentúa como argumento principal que en Africa y en Asia la población está acostumbrada al uso de la plata. Pero nadie que se oponga, a base de las razones arriba expuestas, a la introducción del bimetalismo, tratará de impedir a los africanos y asiáticos el uso de la plata.

4. — *Tercera ilusión. El puro papel moneda.* — En vastos círculos del público, en todos los tiempos, encontramos la creencia de que es posible *eliminar* completamente los metales preciosos de los sistemas monetarios, y que tal eliminación representaría un progreso hasta la solución *perfecta* del problema.

En mis publicaciones he expresado tantas veces mi opinión al respecto que temo repetirme innecesariamente, aunque en las páginas de esta revista no he tenido la oportunidad de ocuparme del asunto más que una sola vez (6).

Frente a la concepción de los metalistas ortodoxos, hay que contestar:

a) Que el bimetalismo, é implícitamente el patrón plata, ya se han refutado en el último capítulo.

b) Que el patrón oro nunca se ha realizado en plena pureza, siendo modificado siempre por la intervención de un billete no cubierto a 100 % con oro, lo mismo que por una cierta "manipulación" monetaria —v. g. la política del descuento.

(Sin embargo, es un error de los antimetalistas, el confundir todos los sistemas monetarios, sosteniendo que, por ejemplo, el patrón de oro "clásico" de Inglaterra habría sido tan bien "manipulado" como un sistema de índices o un

(6) Véase: *El Sistema Monetario del Perú*. Año IV, N<sup>o</sup>. 3, 1942, pág. 357 y sigts.

régimen actual de control de cambio; sistemas que se manipulan más bien casi sin intervención del oro).

c) No hay discusión, a base de los hechos históricos, de que un buen sistema no necesita circulación *interior* de monedas acuñadas de oro. No se necesita una *conversión*. El oro sirve —además de sus otras funciones que ejerce en el tráfico internacional— sólo como medio para regularizar la *cantidad* del circulante.

d) Es posible —teóricamente— como el gran teórico Knapp dijera una vez, que los metales preciosos se volvieran tan raros como el gas helium o tan frecuentes como el agua, y sin embargo sería factible mantener todavía un buen sistema monetario.

e) Basar los sistemas monetarios hasta cierto grado sobre el oro —lo que corresponde todavía al convenio internacional hecho en Bretton Woods— tiene el inconveniente de que se ajusta la cantidad monetaria a las existencias casuales del oro y a la distribución —tan desigual, casual y aparentemente injusta— de este metal, en vez de ajustarla a la exigencia y la demanda *ideal* de la economía. Es consecuencia de este estado de cosas que de vez en cuando haya abundancia de medios de pago, y más frecuentemente todavía *escasez* de circulante, y ésta especialmente en tiempos de depresión y crisis o sea cuando se necesitan más medios de pago y créditos con el fin de remediar la situación.

Todo esto es cierto y sin embargo no es una mera casualidad que la Conferencia de Bretton Woods, que tuviera la tarca de auspiciar el nuevo régimen monetario internacional, *no* haya resuelto el destronamiento del oro. ¿Y por qué no lo ha hecho? ¿Solamente por un prejuicio medieval? ¿No fué ya en el año 1933 que Estados Unidos intentara una nueva política monetaria, en que se abolía el precio fijo del oro, y fracasara? ¿O se aceptará el oro como base del convenio, porque Estados Unidos, el país dirigente y más poderoso en

la Conferencia, tenga un interés de asegurar bastante importancia a las enormes provisiones de oro, reunidas en este mismo país? Indudablemente que este hecho habrá influído en tal resolución. Pero me parece que esto no explica todo. Lo que saben los banqueros —aunque en parte adversarios del convenio internacional por otros motivos—, lo que saben los verdaderos *expertos*, lo que saben aquellos que se han ocupado “sine ira et studio” continuamente de los problemas económicos y monetarios, es que hasta la fecha no hemos encontrado un medio más perfecto que pueda *reemplazar* al oro sea como medida —aunque imperfecta— de la cantidad monetaria, sea como medio para estabilizar los cambios y compensar los saldos internacionales.

El oro no tiene una, sino una *docena* de calidades útiles, cuya *combinación* hace de él el mejor medio para calcular la cantidad monetaria y compensar los saldos internacionales. Esto no es una “superstición” como dicen los antimetalistas, los cuales conocen solamente una *parte* de los fenómenos monetarios, sino es un *hecho*.

Todos los ensayos de introducir otra medida de la cantidad del circulante se han reconocido como *ilusorios*. Hay bastante literatura al respecto. Son otros criterios o medidas: El nivel de los precios, indicado por las cifras de índices; el volumen de las letras de cambio presentadas en un Banco Central o en los Bancos Comerciales; el volumen de los bonos de tesoro emitidos; el estado de la ocupación; el volumen de la producción; el valor de la tierra de un país; el valor de las casas y fábricas, etc. ¿Pero, qué significan todos ellos? Basar la cantidad monetaria en el aire o sea en criterios vagos que en un caso acusarían solo los deseos egoístas de los comerciantes y productores carentes de todo sentido común, o las exigencias de un gobierno que “necesitara” ingentes sumas para efectuar obras irrentables. Y siempre sería la tendencia principal la amplificación de medios de pagos y

la inflación. Especialmente ajustar la cantidad monetaria al desarrollo de los *precios* de las mercancías, sería una ilusión peligrosa y a la larga imposible de efectuar.

Un sistema monetario de *índices* aplicado en un gran país y durante largos períodos, fracasará por razones técnicas y prácticas. El nivel de los precios, idea básica de todos los proyectos de *índices*, existe solamente como *ficción* de una serie de aficionados y teóricos, pero no tiene base en la realidad. Observamos en cada período de depreciación monetaria que los precios no suben de un solo golpe ni en la misma proporción sino de manera muy distinta, al modo de una “dispersión” de los precios. Si se aumenta fuertemente la cantidad de los billetes de banco en un país, entonces algunos precios suben a 150 %, al mismo tiempo que otros a 140 %, 130 %, 120 %, 100 %, mientras que algunos no suben. Las razones de este fenómeno se estudian con detención en la economía monetaria. Por eso es falsa la idea, representada por Cassel y otros, de que existe un nivel “normal” o “general” de los precios, comprensión que supone silenciosamente que los precios se desarrollan siempre en el mismo grado. Tampoco será posible conseguir lo que aspiran los sistemas monetarios de índices, o sea un nivel *estable* de los precios, ya por el hecho de que los precios fluctúan continuamente, ya por que la alteración de unos precios causa siempre la variación de otros.

Además olvidan los partidarios de los proyectos monetarios de índices, que: 1) nunca se pondrán de acuerdo los *interesados* acerca del problema de cuál de los muchos índices existentes e imaginables debería ser base del sistema.

2) Que la política de estabilización estaría siempre *atrásada*. El cálculo de los índices toma mucho tiempo. Mientras se observan los precios y se calculan los índices, ocurren nuevas oscilaciones en los precios que no se podrían tomar en

cuenta y que impedirían que el índice, una vez hecho, surta su efecto.

Además, el índice, fundamento del sistema monetario, se convertiría en un objeto de conflicto entre los partidos políticos y económicos. Y, finalmente, el sistema acabaría por una inflación, pues no sería posible resistir el asalto de los interesados poderosos si una vez la puerta fuera abierta, pues los interesados exigen siempre aumentar los créditos y hacer crecer la cantidad de los medios de pago. En cuanto los bancos centrales están obligados por prescripciones legales a respaldar sus billetes con oro, poseen un bastión efectivo para enfrentar a estas tendencias. Una vez descartado el oro como fundamento del sistema monetario, para servir solamente como medida del valor de los precios, los interesados siempre lograrán que las oscilaciones de los índices tengan en cuenta sus propias ventajas (7).

5. — *Cuarta ilusión: Un sistema monetario sano.* — No hay duda de que un sistema monetario sano es imaginable y que hasta ha existido ya de vez en cuando, pero el problema es el de saber hasta qué punto los países del mundo, aún cuando conozcan los presupuestos y criterios de tal sistema, podrían *aplicarlos*.

A pesar de toda la buena voluntad que se demuestra en las ideas y proyectos de los políticos y economistas de las democracias para estabilizar las economías y monedas en el futuro, a pesar de la gran sagacidad y pericia demostrada en los proyectos de Keynes, White, el fondo monetario internacional, etc. queda en pie el reparo de que dos factores impedirán la creación de un sistema monetario mundial, basado

---

(7) Véase la exposición y crítica detenida en mi artículo *Los Sistemas Monetarios de Índices y la Ciencia Económica*, en Boletín del Banco Central de Reserva del Perú, 1937, noviembre; y *La Moneda*, Lima, 1938, pág. 306 y sigts.

en primer lugar sobre el oro y verdaderamente estable y satisfactorio: las tendencias socialistas y la política financiera que en la mayoría de los países van en el sentido de la inflación. Estas dos tendencias son tan poderosas que el poder de los banqueros y financistas conservadores de hoy no alcanzará para eliminarlas aunque si bien podrá atenuarlas hasta cierto punto.

Una investigación profunda nos revela que la “*inflación*” que reina hoy casi en todo el mundo, y en los países neutrales y no beligerantes en parte en mayor grado que en los otros, no proviene en primer lugar del lado de las “*mercancías*”, o sea de la balanza comercial y de pagos, sino de la *política financiera*, que contradice las reglas ideales del cubrimiento. Se gasta más de lo que se *puede* gastar, más de lo que se tiene. Se hacen en gran escala gastos irrentables e innecesarios. Es la tragedia financiera que la mayor parte de los gastos públicos según su naturaleza es irrentable, no dejando ninguna renta, representando más bien un mero consumo. Y precisamente por esa naturaleza ellos *son* gastos públicos. Pues los particulares y las empresas privadas no tienen ni los recursos ni los motivos para efectuar tales gastos y se arruinarían cuando lo hicieran. Así son el Estado, las Municipalidades, las Provincias y otros organismos que toman a su cargo tales gastos.

Pero aquí pasa algo curioso: los totalitarios no pudieron ganar la guerra —visto desde el punto de vista sociológico y ético— porque estaban eliminando los resultados de una larga civilización y cultura, burlándose de los ideales más altos y valiosos de la humanidad, como son la libertad y la dignidad personal. Esta es la causa profunda de su derrota y no la inferioridad en hombres, armamentos y municiones.

Pero no hay que desconocer que los que están perdiendo la guerra han conseguido imponer al mundo una serie de cadenas y barreras, que contradicen los ideales de la liber-

tad como lo son todos los “controles” de la economía, o sea el “control” de cambios, de precios y salarios, etc. Y más que esto. Los totalitarios han conseguido sugerir al público y hasta a sus adversarios ciertas doctrinas falsas y peligrosas las cuales, sin embargo, parecen tan atractivas, que son pocos aquéllos que se hayan sustraído enérgicamente a tal influencia: una de estas doctrinas erróneas es la creencia de que las finanzas, la moneda y la economía no oponen ningún límite al hombre si trata de satisfacer sus necesidades y deseos. Se niega el conocimiento fundamental de que la economía es necesaria porque la naturaleza ha equipado a los hombres con sus dones —al menos en parte— en una escala reducida.

Se predica, por el contrario, que el hombre tiene en sus manos el poder de crear infinitos recursos, supuesto solamente que aplique la justa teoría de que la moneda es solo una criatura del Estado y el Derecho, acrecentable en cualquier cantidad, que no hay límite para los gastos públicos fuera de la voluntad humana, que hay una primacía natural del hombre sobre las finanzas, que no hay autonomía de las finanzas ni de la ciencia financiera. Y así por el estilo.

Esta creencia se encuentra hoy no sólo en los totalitarios sino en todo el mundo —con excepción de una *parte* de los banqueros y financistas conservadores (8). Es y ha sido siempre la creencia de los socialistas de todos los sectores y parece la de los políticos y dirigentes de las grandes democracias.

Ya se ha calculado que los presupuestos de los Estados Unidos y de Inglaterra no se reducirán después de la guerra a su volumen de pre-guerra, sino que se mantendrán en un nivel 3 o 4 veces más alto. Pero todo verdadero experto finan-

(8) Hasta en “The Economist” de Londres, noviembre 28 de 1942, pág. 656, se dice: “The dominance of finance over economics has been overthrown”, señalando que el programa armamentista de Alemania de 1931 hasta 1939 se ha realizado sin intervención del oro, hecho innegable en sí pero que no comprueba esta tesis.

ciero sabe lo que significan tales cifras. No es una cosa que se tenga por descontada que Estados Unidos podrá cobrar, por el camino de la tribulación, en cada año de post-guerra la cantidad de 20,000.00 millones de dólares, en vez de 5,000.00 en 1939, 4,000.00 en 1936, 3,000.00 en 1934, 2,000.00 en 1932. Mantener muy elevadas las tarifas y cuotas de los impuestos (aunque no tan confiscatorias como hoy cuando se cobra 41,000.00 millones o más) significa a la larga poner en peligro el incentivo y estímulo a la producción y adquisición particular, y con esto poner en peligro y disminuir la *fuerza* de la tribulación. ¿Y qué sucederá en años de depresión y crisis, los cuales no faltarán a pesar de todos los esfuerzos efectuados para evitarlos y para estabilizar artificialmente la coyuntura? ¿Quiénes son los que pagarán los impuestos? ¿No se trata aquí de un círculo vicioso? Y si no alcanzaran las recaudaciones, o sea los ingresos ordinarios, ¿se acudirá continuamente al déficit, al empréstito, a la prensa de billetes?

Hay una creencia tan ingenua como peligrosa según la cual la inflación es inofensiva cuando se realiza en todo el mundo. ¿Es que se compensará entonces el efecto de la inflación? En verdad nada se compensa. La inflación en su efecto más propio y profundo, significa que el Estado injustificadamente, emite cada vez más asignaciones a un producto nacional el que, sin embargo, no aumentará notablemente. Y el efecto es que el ciudadano recibe en promedio porciones cada vez más pequeñas de este producto nacional hasta no recibir casi nada. No es un consuelo que los ricos se vuelvan más ricos, o más exactamente que se enriquezcan las clases productoras, mientras empobrece la gran capa de la población que se denomina esencialmente consumidora, o con otras palabras, la que no tiene poder para participar del enriquecimiento que se efectúa para los poseedores de los valores substanciales como son las tierras, casas, minas, fábricas, muebles costosos, etc.

Es cierto que nadie deseará seriamente una inflación de alto grado, pero son pocos los que saben cómo se puede evitarla.

¿Será posible influir hasta cierto grado con el fin de evitar la catástrofe financiera? Naturalmente no se podrá borrar de los presupuestos de los países beligerantes el servicio de la deuda pública ni las pensiones de guerra, pero sí se podrá tener cuidado con el pago de *ayudas* para grandes capas de la población, sean productivas, sean desocupadas, y más todavía con la extensión de los gastos militares y la ejecución de obras públicas para las cuales faltan los recursos ordinarios. Los verdaderos expertos financieros saben que la ejecución del famoso programa: “eliminación de toda desocupación para siempre”, significa una tarea insoluble para países semicapitalistas en cuanto quieren mantener aproximadamente estable la moneda y sus finanzas. Y si no termina la carrera de *armamentos* —uno de los puntos principales de todos los programas ideales de post-guerra, pero difícil de ejecutar— entonces será difícil salvar la situación. Si no se reconoce hasta en los países “pequeños” de Sudamérica que aunque hay magníficas obras públicas, útiles a generaciones posteriores, para su financiación, sin embargo, no hay recursos reales ni actuales, y cuya realización haría empeorar las finanzas, la moneda y la seguridad económica y política de la actual generación, no habrá remedio. Y si los instintos de las *masas* resolverán sobre la elección de los gastos públicos, lo que hay que esperar en mayor escala que hoy después de la guerra, entonces veremos un aumento formidable de los gastos efectuados para la política social, la educación pública y la higiene.—en reemplazo de los gastos militares— muy saludable desde el punto de vista del progreso cultural, pero no desde el punto de vista del alivio del presupuesto.

Así las perspectivas son poco alentadoras.

Y es muy dudoso hasta qué grado se conseguirá realmente, correspondiendo a los planes aceptados en Bretton Woods, la eliminación o al menos disminución de los “controles” de cambio existentes y de las devaluaciones arbitrarias.

Existe un círculo vicioso, poco observado por los escritores monetarios y financieros, el que va en el siguiente sentido: el *mantenimiento* del “control” de precios y salarios junto con el costoso sistema de *subvenciones* significa una notable carga para el presupuesto, aumentando así la tendencia inflatoria, mientras la *abolición* de estos “controles”, en muchos casos significaría la admisión de la subida de precios y salarios y el comienzo de la inflación *abierta*: un dilema que nos revela claramente que en los países que mantienen todas estas medidas, siempre existe la inflación velada.

2. — *Conclusión.* — Goethe, el poeta alemán, ha dicho una vez: “la gente se fastidia de que la verdad sea tan sencilla”.

Habrà lectores a quienes extrañará que un autor que ha dedicado su vida con preferencia al estudio de los fenómenos monetarios y que reclamara para sí el haber creado una propia *teoría* monetaria (9), no pueda proponer nada en este sentido que parezca fundamentalmente nuevo y revolucionario. Pero la tarea de la ciencia es averiguar la verdad y no crear a todo precio proyectos que no resistirían a una crítica severa que tuviera en cuenta sus propias enseñanzas.

BRUNO MOLL

---

(9) Véase: *Teoría Lógica de la Moneda*, Trimestre Económico. México, N.º. 37, 1943.